



# AMAR SIN BARRERAS

Cuando amar está prohibido

Israel Moreta



# UN AMOR PROHIBIDO

UNA ELECCIÓN QUE TE HACE DIFERENTE

# UN AMOR PREMATURO

UNA ELECCIÓN QUE PUEDE COSTARTE LA VIDA

# UN FINAL QUE TE TRANSFORMARÁ

*¿El lector estará listo para enfrentarse  
al último capítulo de la novela?*

*Para mis tres padres:  
María, Luis y Mónica.*

*Dios ama el amor,  
en todas sus manifestaciones.*



# Prólogo

Aún no es tiempo para olvidar, incluso mi corazón grita desesperado que no puede hacerlo. Una vez amé y desde entonces nada sabe igual en los días venideros. No sé tal vez si borrarte, o intentarlo por milésima vez, aun te llevo la cuenta de cuántas veces lo he tratado sin victoria a conseguirlo. Sé que tus memorias yacen no tan muertas dentro de mí.

Logras vencer y flaquearme otra vez en tu recuerdo vivo. Profundo y soñador, caigo en la cama que tantas veces cansada de mí me vio llorar implorando que regreses.

Lo sé muy bien, aún te amo.

Intento ir a la cocina, tal vez prepararme una taza de café solucione este asunto de ti en mi cabeza (como si fuera la primera vez que lo presumo). No puedo, mis manos tiemblan por el recuerdo de tus padres, así que alejo



rápidamente el líquido de color negro que no se compara con el de mi ánimo todavía.

Sin darme cuenta estoy escudriñando mi ropa entre los cajones de mi viejo armario. Busco y la encuentro; apresurado, introduzco la llavecita en el cerrojo del cajón principal que, seguramente papá y mamá habrán intentado abrirlo sin éxito alguno, dejándose a la imaginación el contenido dentro. Nadie sabe ni debe saberlo, aquellos secretos se conversan y susurran al viento, abandonándolos en su fluida corriente que se esparce sin vuelta atrás, a veces nos golpean en la cara, otras tantas siguen corrientes distintas; esa es la idea, el viento no es un banal charlatán, es un muy buen vigía.

Al menos uno de tus recuerdos sigue ahí:

tan frívolo,

tan doloroso;

sin duda,

mi tesoro más sónico de ti.

Una carta de aquellas trescientas que en nuestros días de jovial me escribiste, sí, tan solo una que pude rescatar, las otras las quemaron en aquellas noches de desesperación, ira y temor cuando muerto me creían.

Algo más entra por el filo del ojo derecho: un poema a medias, que escribiste en clase de literatura y que el tiempo logró desgastar. Estrepitosa y cautelosamente mis manos la están abriendo, esas que sirvieron como pañuelo en

nuestros tantos días de océanos enteros cuando apenas meses cumplíamos... Hoy, recuerdos van, partiendo lentamente el corazón por otra noche más. Aún saco provecho al divisar con esfuerzo el contenido, mis lágrimas también han hecho su parte en la odisea por descifrarlo.

No me preocupo.

Me he negado a no grabarlo.

Tu cadena que inerte duerme esperando recobrar la vida la cuelgo en mi cuello; al menos esa he podido recuperar, para llevar una parte tuya en mí y pretender que todo tiene sentido.

Sé muy bien que aún te amo.

Dime tonto por conservarlos, creo que existe un infinito cercano en entregártelos, «sabes, son tuyos». Aquellos desastres que ocurrieron fueron la causa de tanta molestia y de su regreso a mí. El mundo está podrido, lo sé. Y no hay persona en quien confíe más que en ti.

Veo como la luna empieza a introducirse pausadamente por los espacios dejados por la cortina, quiere cobijarme de nuevo, no la dejaré, tampoco a ella la merezco. Apresuro a correr las telas zanjando así su objetivo.

Tumbo mi cuerpo en la cama como un cachorro, devolviéndome a la oscuridad que de nuevo está inspirada en reclamar mi alma. Esta noche... Nuevamente has ganado.

Trato de no flaquear y secar mis lamentos por última vez. Me pongo los audífonos y escojo nuestras canciones del repertorio del celular.

Caigo mudo y somnoliento.

Cuando me doy cuenta, estoy recordando...

# Capítulo 1

Mamá está diciendo algo, son ya cinco veces que me lo va gritando; sin embargo, me introduzco en mis cobijas, me hago un tipo de capullo y sigo durmiendo. Debí saltar de la cama en cuanto escuché el segundo grito.

Me asomo por encima de las cobijas, a lo lejos y con gran esfuerzo distingo el reloj de pared que papá compró en aquel bazar de antigüedades cuando estuvimos en Quito, también asomo la vista a la pantalla del celular que inmediatamente me combustiona los ojos.

Son las cinco de la madrugada.

Pego una rápida recorrida por todo el cuarto, alisto la mudada, lo necesario e, impaciente, abro la llave de la bañera. El agua empieza a caer: está heladísima, no espero a que se caliente del todo; meto primero la punta de un dedo del pie que se congela al caer el primer chorro de agua, luego va la mano izquierda y finalmente el cuerpo

entero, tiritó y pego un grito fatal. No me detengo y me lavo desmesuradamente.

Cuando salgo mamá suscita una sonrisa y su frase de «*te lo dije*» no hace más que enfadarme. No es su culpa, pero voy tarde.

Me pongo encima la mudada, cojo los *Jordan* y, fastidiado, trato de calzármelos. Me paro frente al espejo y algunos colores no combinan, sintiéndome terrible suscito una mueca. Rápidamente, me peino como sea, cojo la gomina y hago pequeños garabatos con los dedos en la cabellera, me requetemiro al espejo y nuevamente dibujo una mueca, con más fastidio esta vez. Hoy es el primer día de clase en la Universidad y niego que llegaré a tiempo.

Corro y hago pequeños saltos hasta la cocina. El desayuno me espera: un platito de frutas con manzana y pitajaya picada, un vaso de leche con chocolate, una torta de huevo y zumo de mora; aunque es demasiado cuando lo pienso. Tengo hambre, pero solo hay tiempo para el zumo, me lo bebo de un trago y me despido precipitadamente de mamá con un beso en la mejilla.

Mamá está gritando de nuevo, me hace la guerra por dejar el desayuno completo; sin embargo, entro a mi cuarto, agarro la mochila que no pesa ni una pluma y me escabulló por las gradas de cemento. Papá, en su rutina diaria siempre sale a trotar por las madrugadas, así que en ocasiones no doy con él, este día, ha sido una de esas tantas.

Saco mi *Samsung* del fondo del bolsillo trasero, marco el número, aplasto el símbolo verde y después de cuatro o cinco minutos el transporte amarillo está enfrente de la casa.

El cacharro desaparece dejándome a bordo del recorrido.

«¡Uffff! Lo he logrado».

Hago un dobladillo en la manga de la camisa y veo en el reloj de pulsera que estoy a tiempo.

Respiro aliviado.

Muevo la cabeza en direcciones de izquierda a derecha, los ojos conjuntamente, alrededor ningún rostro que aflore recuerdos, solo caras desconocidas que se quedan pegadas por momentos a mi fugaz inspección. No hay nadie para armar conversa, así que busco un lugar cerca de la ventana. Me siento, saco un libro de *Fernando Savater* y examino la esquinita doblada de alguna hoja, la desdoblo y el capítulo cinco roba mi atención por el resto del viaje.

Sin duda, hoy será un gran día.

# Capítulo 2

El campus principal se deja ver entre las ramas que opacan la entrada, tanto el expreso sigue su marcha en línea recta la inmensa infraestructura se puja por la ventana. Me despego del asiento y formo la fila para bajar. Más allá, un grupo de estudiantes exageran su bulla y tosquedad, cuando al intentar bajar, una chica de contextura mediana y lentes tropieza cayendo del autobús por su culpa. Alguien rápidamente lanza improperios y descontentos contra el grupo, otros se quejan y, otro por ahí, quien le ayuda a levantarse.

Soy el último en bajar, cuando lo hago, inmediatamente el sonido de las puertas me abunda en los oídos.

Bajo las escaleras que bosquejan la entrada y de a poco combino mis pasos entre apresurados y demorados, uno a la vez, gracias a los espasmos visuales de la elegante arquitectura del edificio de enfrente.

No se me ocurre para dónde coger. Hay distintos caminos que me reciben y se cruzan entre sí, al final de estos, edificios que se alzan y otros que se pierden en la lejanía de los globos oculares. No se me ha encendido el foco desafortunadamente en días pasados, ni una vez, ni siquiera para venir de buen visitante, y, hoy, asumo las posibles consecuencias de mi descuidada intolerancia a los viajes piloto.

Intento manejar los ignorados nervios que van ostentando pulsaciones fuertes, como agujas que se clavan de adentro hacia afuera, deponiendo con impaciencia la cólera del cuerpo por absorber la nueva experiencia.

Reencuentros de viejos amigos que por allí van dándose a desfiles, son joyas que deleitan mi paladar, de a poco, sus colegas cercanos planean a escondidas jactarse. Se puede valorar las tremendas sonrisas e ilusiones que se pintan en los rostros de los estudiantes, a algunos otros parece importarles cero la situación, lo capto al menos así, queriendo también pintarme con alguna mirada conocida.

El tiempo se me desvanece cuando fijo perspicacia en el edificio entero que se levanta sobre mí. Cuento doce pisos. Sin duda, me encojo como una hormiga ante la desmedida construcción del hombre, también, el tono celeste que recubre los bordes de las paredes ha hecho su trabajo en hurtar mi espacio aquí. Son muy convincentes en todo.



Deprisa, mis pies solicitan que coja para cualquier lado. Entro al gran y lujoso edificio, no porque yo quiera sino a plena disposición de ellas, cruzo las grandes puertas de cristal y *Auguste Rodin* me detiene por el momento. Es una gran figura por cierto, en el centro de lo que parece ser una gran sala; enorme, y su color bronce gastado se roba cualquier sentido a la abstracción de los transeúntes. La cascada de agua que rodea a la escultura por detrás también sustrae la atención al ingresar. Alzo la sien lo más que puedo y me tropiezo con la mirada de su obra; me comparo por un momento, hay algo innato entre sus pensamientos predominantes y los míos, así lo creo al perderme. Alzo más la sien para buscarme, entonces el tono de Luli me desconecta por completo.

—Pero, ¡qué veo!, resulta muy bien encontrarte por aquí — clama, exagerando el tono mientras roba un beso de mi mejilla y me abraza afortunada—. Pensé que te habías marchado a otra ciudad a estudiar.

Luli, mi vieja amiga del colegio. Sus convicciones hacen que funcione su libre naturalidad de persona, sabe que hará todo lo posible por sobresalir del grupo y obtener lo que quiere. Así es ella.

—¿Acaso, no lo habías visto antes? —Reitera su tono, esta vez abriendo muy bien sus ojos hacia mí— *¿El Pensador?*

—Por supuesto que sí. En fotos —suelto y agrego—. ¿Acaso tienes *chance* de apreciarlo tan cerca, me refiero, a sentir la dificultad que trasmite? —reprocho, obteniendo una sonrisita casi instantánea.

—Ya te extrañaba, niño —me dice, regalándome un fortísimo abrazo de nuevo como si el original no hubiese bastado.

Le devuelvo el gesto cariñoso y, calladamente, me sostengo de mis comentarios manteniendo la postura.

—Llegaremos tarde a clase.

Se me ocurre decir birlando el momento.

—¿Para dónde estás cogiendo? —me pregunta, dubitativa.

—No tengo idea. Es la primera vez que vengo, necesito información.

—Creo que él, no te la dará.

Me sermonea de nuevo, dirigiéndose a “*El Pensador*” con atisbo. Sin duda, esbozamos un par de sonrisas pertinentes.

—Voy al edificio de al lado. A la Facultad de Ciencias Económicas.

Apenas si explica agarro paso junto a ella. Luli me ha salvado, fue más útil encontrarla de suerte que vagar sin direcciones. Pero saludarla y conversar, pinta a destiempo mi rostro de sonrisas e ilusiones, de lo que hace rato me jactaba. La extrañaba y no hay duda de eso.

—¡Ok! Vamos, cuéntame. Cuánto has pegado en esas malditas pruebas de gobierno —me interroga, mientras se acomoda dos mechones de cabello rubio que le caen con escasa diferencia a las pestañas.

—Nada mal, lo suficiente para acceder a este lugar. Obtuve un cupo, el esfuerzo valió la pena. Algunos ni siquiera lo lograron —musito.

El nuevo gobierno de turno ha requerido de ignotos mecanismos. Afianza su confianza en que un cambio en la educación superior será sostenido por nuevos modelos educativos y experimentales, los estudiantes por ahora somos sus nuevos conejillos pedagógicos. El resultado en los próximos años será dictaminado por nosotros y por qué no por el resto. No hay nada malo en todo esto creo, si tan solo pudieras elegir qué estudiar.

Luli se regresa a mí cuando termina con sus mechones, está ansiosa preguntándome qué carrera me eligieron.

—El puntaje me ha optado una carrera en Economía.

—¡Ah!, es por lo pronto algo romántico. Seremos colegas —me murmura algo entusiasmada. Sabe muy bien que le haré la guerra en clase si me lo propongo—. Me han fichado para lo primero que elegí. Algo suertuda, ¿no crees?

El sistema parece justo, por lo menos ha funcionado en ambos. Otros no han corrido con la misma suerte.

—¡Apresurémonos! —arguyo, cuando me percató que el tiempo se quiere avivar por delante de nosotros—. Las clases ya van a empezar y ambos ni encontramos el salón.

Activamos el paso acelerado. Enseguida acabo de hablar, agarro bien mi mochila y sigo a Luli cuando se me adelanta.

El cuarto de secretaría luce hostil y parco. La secretaria, desparrama una mirada cruda en Luli mientras golpea bruscamente sus dedos contra el teclado; su traje no combina ni un tanto con su maquillaje cuando se regresa a mí y se me queda viendo como un arlequín, entonces arranca el papel de la impresora con fuerza decrepita y se lo entrega a Lu. No fue fácil y tampoco acogedor como pensaba, pero encontramos nuestro salón.

Aula trescientos cinco.

Tercer piso.

Subimos con apremio las escaleras. El primer piso está saturado de estudiantes, noto que las puertas tienen un tono gris en su madera. Rayamos con el viento una curva a la izquierda y corremos al segundo piso; aquí, la mayoría de nuevos no saben para dónde ir, otros con sus hojas del sistema en mano pretenden esclarecer su falta de astucia e información; claramente, el color amarillo chillón de las puertas enciende el sentido. Las escaleras no concluyen, pero pronto llegamos al tercer piso; cansados y un poco

escuálidos, nos vislumbramos a medias en el reflejo de un gran espejo de una de las columnas que se despliega del techo, aparecemos completos cuando soldamos el último paso al último escalón. Me faltó explicar que las puertas en esta zona son azules, por alguna razón que no comprendo.

Hay listas con nombres pegados en la puerta de cada salón. Luli, suelta mi brazo y se mete en la multitud de acuciantes jóvenes que anhelan que sus nombres consten en los papeles. A lo lejos la veo quejarse, mientras intenta con toda furia hacerse senda, las muecas de molestia de su rostro angular me divierten muchísimo.

El sistema es desperfecto, hay fallas como en todo lo nuevo. No ha sido usado antes en el país, quizá en otros tantos sí. Es lo bastante raro y desconocido, y, por supuesto, nos tiene trabados en una completa línea de ignorancia. El experimento está fallando, pero bastará el día para perfeccionarlo. Pienso.

—Aquí, no estamos —se regresa en tono seco cuando no me doy cuenta.

—Habrá que buscar en cada puerta —comento, afanado en calmarla—, tal vez la secretaria ha errado la información en ese papel.

Lu se le devuelve con ojos de sangre, arrugándolo, como si solventará de esa manera su discrepancia. Admiro como mi respuesta no combina con su rostro.

—Vieja cabrona.

Sus palabras me despiertan los oídos.

Un joven flaco y alto, demasiado formal para mis ojos, de unos veinte y cuatro máximos aparece de la nada y mientras se acomoda los pantalones que no le ajustan pretende dirigirnos.

—Soy Eduardo —se presenta en completo tono mandón y enérgico que llama la atención de todos—. Formo parte de la nueva división de estudiantes con mejor puntuación que apoya el gobierno, así que su atención me es necesaria. Quienes han logrado un cupo, deberán colocarse en grupos no máximo de cuarenta con respecto a la carrera que han elegido...

—¿Elegido? —le cortan, gritando y metiendo bulla que no cesa. Al joven estrella no parece importarle y prosigue.

—... el grupo minoritario de las carreras que no acumulen el número de estudiantes requeridos, serán distribuidos en los diferentes salones junto con los demás, no importará el tipo de especialidad que eligieron —termina.

No presta asombro, «todo es nuevo»; sin embargo, cuarenta estudiantes en cada salón, suena desastroso, carece del modelo a sinónimo de educación de calidad que el gobierno pretende construir. No lo culpo, la población es grande y hoy en día nadie es ingenuo para no conseguir un título. Todos anhelan cumplir sus sueños, no son necios, saben que tienen que perseguirlos.

Me volteo buscando a Lu, que se ha aferrado a mi brazo también escuchando.

—Tal parece que seremos compañeros de salón —le echo las palabras mientras las recibe con una sonrisa ligera.

—¿Aunque no haya nómina? —responde, como si hubiera estado desconectada del pequeño discurso de Eduardo.

—Aunque no la haya —contesto.

—Suena genial.

No hay ni uno más ni uno menos en el grupo de estudiantes que Eduardo reúne con dificultad. Él cuenta cuarenta sin equivocación y su sistema parece funcionarle. Nosotros acatamos las órdenes que nos da solo por conveniencia personal.

Más allá, hay grupos distintos de estudiantes también manejados por sus mentoras/es estrellas, algunas caras conocidas que destacan del grupo me roban el foco de la atención a la lista que empieza a rodar, unos cuantos que pensé que no lo lograrían han acertado.

«Suerte típica».

Eduardo, quien obstruye la puerta del salón trescientos siete increpa:

—¡Su atención! —el tono fuerte y claro retumba en las paredes, aclarándonos el pensamiento a todos— Los de la

carrera de Economía... formar una fila por acá, por favor. Haré una nueva lista con los estudiantes que no consten en la original, así que preocuparse es lo último que les pido que hagan.

Empieza a tomar nuestros nombres completos uno a uno mientras pasamos al salón, revisando que la documentación coincida con los datos asignados en la hoja del sistema de nivelación para cada estudiante.

—Estévez Morales Lourdes Christina —achata la voz, con una pisca de curiosidad una vez que lee el documento de identidad de Lu. A continuación, mi nombre, y voy enseguida.

Incluso, el número del aula no coincide con el número asignado en el papel del sistema.

Cuatrocientos siete.

Es el número malo.

Eduardo, una vez que constata que mis papeles están en orden se abre camino, al mismo tiempo en que la puerta azul lo hace.

La luz serena y potente que entra por los ventanales del salón me recibe a un nuevo comienzo. Por el fondo, sopeo la comedida actitud de Lu en apartarme un lugar cerca de ella y, zozobroso, me encauzo a su cita.

El aula es típica como todas, nada fuera de lo común. Se me ha escapado una que otra miradita veloz al rastreo de su contenido: pupitres individuales y de madera, un



proyector que cuelga del techo alegrando asesinar a un alumno atiende la desconfianza; por allá, cerca de la pizarra de tiza líquida, el escritorio del profesor. Para nada nuevo, tal vez el número de pupitres que suman treinta y dos sea nuevo para algunos.

—¡Hey!, ¿qué pasa contigo? —interpela Lu en tono burlón—. Tal parece que el nuevo salón absorbió todas tus esperanzas de sentarte. Anda, quita esa cara ya.

Me sacudo la inquietud y le hago caso.

—Apuesto una coca-cola a que sí —mascullo en tono alto.

Después de un buen rato todos los estudiantes están dentro. Los que alcanzaron un lugar en los pupitres están demasiado contentos sacando alguna que otra hoja y un esfero, quizá esperando algo y, los ocho estudiantes restantes, se han pegado a la pared trasera del salón con mucho rubor en sus cachetes.

Eduardo entra, su mirada poco amigable y cursiva se clava en la mayoría, comienza a constatar los nombres en la nueva lista fingiendo desinterés en los pupitres faltantes y pidiendo comprensión ante el problema. Concede unas pocas palabras como apertura del inicio de clase y sobre lo bueno que debe portarse uno si quiere continuar con los estudios.

—Como saben, todos son afortunados por alcanzar un lugar en esta Institución. Su puntaje los ha hecho más que

merecedores a tales derechos. No se desperdicien a ustedes mismos —hace una pausa mientras traga saliva, mostrando un rostro indulgente que me aterra—. Deberán pelear por su permanencia, porque aún no son estudiantes. Si quieren serlo, deben acumular el puntaje necesario para pasar. Este, tan solo es un curso de nivelación, en donde mediremos sus conocimientos y el nivel de educación secundaria que tienen.

» Si no son capaces de alcanzar el puntaje necesario, deberán iniciar el proceso desde cero —cesa, machacando a buen tono el prefacio.

Una bulla ensordecedora inunda el salón al instante. Descontentos, varios alumnos aluden en tono sangrante al gobierno.

—¡Es una sinvergüencería! —va uno.

—¡El gobierno nos ha mentido! —apelan en coro un grupo del frente mientras se suben a sus asientos con tez subversiva.

—¡Les pido silencio! —la vena del cuello de Eduardo se aprecia desde el fondo cuando procura calmar al grupo—, cumpliendo mandatos es como me gano la vida. Si quieren una querrela, les pido que se marchen en este instante y dejen un cupo libre a quiénes en verdad quieren estudiar.

Eduardo pone final al conflicto, limpiándose los mocos con su pañuelo de bolsillo que ha sacado prevenido. El

salón calla, solo unos chirridos que se farfullan a medias en algún lugar de la izquierda continúan ausentando al silencio total.

Lu y yo, no mostramos aire de descontento alguno, ni siquiera alguna monería. La manipulación del experimento en cierto modo se conjeturaba; cuando la coyuntura política esgrime artimañas subrepticias, se corrige *per se*. Esto, ha sido un simple ensayo.

El joven estrella, finaliza al poco rato de comenzar el discurso de bienvenida, se acomoda de nuevo los pantalones que no le ajustan y, cuando ve al nuevo maestro estancado en la puerta batallando por entrar se despide, prometiendo buscar una pronta solución al problema de los ocho chicos varados de atrás.

Mientras el extraño se alista, me es inevitable escuchar las osadas conversaciones de grupos que se han formado ya. Quejas, desventajas, algo sobre un complot escucho, no me interesa y finjo desidia. Eduardo no ha traído más que descontento y arrebató.

Por ahora trato de concentrarme. Lu me ha alegado un codazo para que preste interés al nuevo maestro quien luce sutil y pulcro, le calculo unos treinta, ni más ni menos, tal vez, más que menos o menos que más. Parece nuevo también en el asunto. Gente joven es la súplica del gobierno, me pregunto en dónde habrá botado la experiencia de los que ha jubilado a la fuerza.

Me deshilo de mis pensamientos y vacilo espontáneamente. Por ahora atiendo a clase y al nuevo Einstein de las Matemáticas, «debe serlo», quien trata de explicarse y acomodarnos al nuevo ambiente universitario. De repente me entusiasmo, opaco todo el lío alrededor y me concentro.

Una nueva vida.

Nuevos propósitos.

Nuevas reglas.

Incluso, información preciada que guardar en el disco duro de la *gnosis*.

Pues adelante, lo aprovecharé, no vine aquí a proporcionarme cuatro meses en cadenas sabatinas.

Apostaré a lograrlo.

# Capítulo 3

Estoy en casa, tiro la mochila a un lado del sofá y no acierto para variar, me agacho a recogerla mientras musito cabizbajo. La cama está hecha un lío, mamá no ha tenido tiempo de hacerla esta mañana; frunzo mi ceño de forma amargada cuando la desarmo, apilo las cobijas en el sofá que está al lado del escritorio y me ocupo además de las arrugas de las sábanas.

Termino y busco mi *laptop* en el cajón del armario: recuerdo aquel regalo que papá me dio en mi cumpleaños número diecisiete. Abro la tapa gris y aplasto el botón de encendido, una luz verde se desprende enseguida asegurándome que arrancará en unos instantes. Mientras espero recuerdo cómo no ha funcionado el primer día de clase, «un completo desastre». Por lo menos hoy no hay tarea y me alivio un poco.

Mis pensamientos se estiran cuando unas pequeñas golondrinas se posan en los barrotes de hierro del balcón

de afuera de mi cuarto, lavando sus cuerpos y picoteándose las pulgas, justamente aturcidas por el cansancio de volar.

Me contengo dubitativo hasta que la imagen de la pantalla apresa mi atención, hago clic en *Google Chrome* y espero a que se cargue. Ingreso el nombre del sitio en la barra buscadora:

*www.facebook.com*

Presiono *enter*.

Sorprendido, pero no del todo astuto a la rutina, reviso la bandeja de mensajes y las publicaciones de amigos y extraños. Sin duda, entretiene el asunto. Echo un *F5* e inmediatamente en el panel superior derecho de la página, el diminuto círculo de color rojo (solicitudes de amistad) me sorprende corto. Si las aceptas quien las envía podrá inmiscuirse en tu vida misma, accederá a las publicaciones en tu *muro* y alguna que otra vez desearás no haberlas aceptado, el propósito es ese, de forma no tan detallada y convincente.

Clic en: *Aceptar solicitud*, basándome en la fotografía producida de alguno que otro compañero de la clase de hoy. Todos aprovechan su día de manera esperada, me incluyo y sostengo un gesto. Bajo con el cursor cargando el catálogo de amistades y, de a poco, compro a quienes valgan el precio, varios clics se sienten cuando oprimo el

botón izquierdo del mouse no tan lechuguino. Paro y luzco interrogante y curioso.

No reconozco una de las solicitudes, es un rostro nuevo que menoscaba la razón. Averiguo de quién se trata; medio apurado y totalmente pálido, comienzo a *stalkear* su *perfil de Face*; taxativamente, ha logrado crear un sinónimo de vorágine sin cierto consentimiento. Observo sus entradas y a las pocas publicaciones que Facebook me da acceso. Meditabundo, trato de apagar el foco de atención, pero ella no me deja; su rostro de marfil delgado, combina perfectamente con la dulce mirada que reverdece en algún lugar de la foto; su cabellera larga que simpatiza con sus hombros también es cosa de otro mundo. Noto que usa *convers celestes* y *bluyines* casuales con una blusa amarilla, como si el sol la envolviera en sus brazos.

Ella desprende cualquier matiz de color perdurable e imborrable para los ojos y, su sola foto, parece obra de *Picasso* o *Da Vinci*.

Atiendo las súplicas de mi alocada adrenalina al pretender *agregarla a mis amigos*, tampoco es necesario preguntar qué ha visto en los matices de mi foto e indagar si de algo sirve ilusionarse con la imposibilidad de la belleza, pero de algo sirve que su imagen caiga en cuadros repetitivos celestes, tan fugaces que exterminan la concentración.

Dejo que mi mente cosquillee un instante más, aún no sé muy bien los porqués, tampoco estoy atento a la necesi-

dad de no convertirme en *Sherlock Holmes* para encontrar respuesta y saber por qué la sangre en mis venas corre más rápido, tampoco me desapuntaría a una investigación que controle la inmunidad de mi memoria a llenarse de coloraciones celestes. Solo ahorro fuerzas para concentrarme en la respuesta a la pregunta de las ilusiones.

Tan bobas y bonachonas, las golondrinas restituyen el gorjeo infernal que enseguida me separa de las cuestiones, aunque rancias e inmaduras para la edad, han jugado al buen pensamiento mezquino de las entelequias. Sorprendido todavía de su hazaña y sin evitarlo, me encierro en una burbuja de premeditadas disposiciones al delirio y ofuscación juvenil que tanto tememos. Presiento que soy un desconocido del cual ni el nombre pinta bien, al contrario de las hormonas que se desbaratan al aceptar la solicitud.

Taciturno y novelesco me reduzco, lo denota bien mi semblante aparecido en la pantalla de la *laptop* y por la sangre que no ha dejado de correr más rápido. Soy soso y vasallo de la vanidad, debido a que Elizabeth me ha robado algo. Sí, lo ha hecho, apareció y lo ha hurtado. Me doy cuenta que no sé qué es.

Abro el *chat* enseguida y ella no está ahí. Quiero enviarle un mensaje, pero no me atrevo. No entiendo la indolencia melodramática de un joven con tendencia a alocar las emociones por retoñadas fantasías.



Al poco rato recibo un mensaje de Lu que me sacude el cerebro. En el *chat*, aparece un *emotición* asemejado a un rostro feliz, instantáneamente le contesto y empezamos a chatear a desmedida del tiempo. Los mensajes van y vienen a través de la red, mientras espero ansioso a que el pequeño círculo de color verde se encienda al lado del nombre de la chica de celeste. De alguna manera me he tomado los derechos de mencionarla así.

La ligera luz del atardecer cae a meterse por los ojos, noto por la ventana que ya no hay rastro de las bulliciosas golondrinas, quizá hace un buen rato se han marchado y no me he percatado por sentirme tan despampanante e invadido. «Eso poco importa».

Mamá, que está en la cocina pega gritos, se escuchan claramente hasta el dormitorio cuando me llama a cenar. La noche se derrumba y me siento inútil. No he aprovechado del todo mi tiempo, ¿o sí?

Cuando termino de cenar y con la panza tan llena me tumbo en la cama, impreciso aún de mis emociones y del botón del jean que no quiere abrocharse. Miro al techo y divago por un gran rato.

«No hay nada, en mis pensamientos».

«No hay nada», replico.

«Soy un creyente de lo vago y lo irreal, no de lo cierto y efectivo».

De nuevo, banales picazones me reprimen el cerebro y aspiro verla de nuevo, apreciarla tal vez, ver su rostro y drogarme con el tsunami de cosquilleos que hace que mi corazón ampare. Me doy cuenta que no he hecho caso a las reflexiones que reprimen la buena conciencia, demasiadas vagas son para enfrentarse a la mención de una nueva convivencia creada. En este instante tengo más de ella que de mí en mi interior, me cuestiono reiteradamente el *para qué* de mi apoplejía y cierro la cremallera de mis labios.

Me encojo de hombros, aunque esté acostado, presiento como una sonrisa hurga debajo de mi nariz queriendo salirse desalada. Conocerla debería calmar estas chispas internas y apaciguar la inquietud, pero soy profusamente tímido para hacerlo. Pienso en muchas cosas, pienso demasiado. Es una delgada línea de coexistencia que está creando mis sentidos, mi razón y ella. Al final, no rescindo la risa y una sale empujada por las emociones.

Las cuatro paredes de la habitación de mi cuerpo están tan llenas. Vuelo desatinadamente alto como para caer seguro, hago un intervalo para descansar en alguna nube y parar el asunto de Elizabeth en mi cabeza.

Callo y soslayo afligido.

Estoy soñando con desvaríos que provocan el momento.

Paro.

Alisto la mochila y los útiles necesarios para el siguiente día. Las ganas de conectarme de nuevo me aprietan. Cuando estoy a punto de hacerlo cierro emergentemente la ventana de *Google*, apago la máquina infernal y la guardo.

Me acuesto luego de realizar lo necesario, cierro los ojos y pongo la mente en color nevado escarlata. Ella quiere cosquillearme de nuevo, esta vez la pongo en color nevado solamente.

¿Mañana, será un gran día?